

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que el
GLOBO.



PRECIOS.

Para los suscritores del Globo, al mes..... rvn. 4
Para los no suscritores..... 6
Para los de fuera francos de porte 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.
SALE TODOS LOS DOMINGOS.

EL PERIÓDICO NUEVO.

Traten otros del gobierno del mundo y sus monarquías, mientras gobiernan mis días mantequillas y pan tierno.

GÓNGORA.

Entre los muchísimos disparates con que uno y otro escritor de munición se han propuesto ilustrar al género humano, recuerdo haber leído uno que entiendo ha de venir de perilla para introducción de este nuevo periódico, puesto que hasta cierto punto da alguna luz acerca de su creación y de su existencia. Supone pues mi hombre con la más risible formalidad del mundo que en un principio no existía en el espacio mas que el sol, y que ese capandose de él una parte de su substancia, esta, dividida en trozos, fué arrojada aquí y allá, estableciendo otros tantos centros ó focos que sirvieron de núcleo, así al globo de la tierra como á los demas planetas y sus satélites. El como de aquí se formaron las piedras, las plantas y los insectos, y como estos, perfeccionandose de generación en generación, dieron el ser á nosotros los animales mas perfectos, eso es cosa que puede muy bien ir á consultar el curioso lector, caso de que le aqueje el deseo de investigar cual fuese la mosca ó araña en que principia su arbol genealógico, que ni yo me cuido de tan sucia ascendencia, ni cumple de modo alguno á mi propósito otra cosa que la arriba dicha para las deducciones que de allí me propongo sacar en el presente artículo.

Ahora bien, el *Globo*, abrumado por lo superabundante de su substancia periódica, ha dejado escapar una parte de ella, y sus heterogéneos elementos, combinándose por afinidad química, han formado el núcleo de este nuevo periódico, el cual girará de hoy mas en su órbita propia, pero siempre como satélite de aquel astro primitivo. Quedan á él asidas las sesiones de Cortes, las noticias del corresponsal, el extracto de periódicos, los artículos de fondo, los remitidos, avisos, cadáveres, afecciones meteorológicas, el jubileo, el santo del día, y demas elementos sólidos, mientras que aquí se organiza la parte mas volátil y aerea: costumbres, literatura, modas y novelas. Libre Dios pues á este planeta flamante de encontron con la cola de algun cometa, y siga rodando largo tiempo por esos espacios sin que mal nos venga á nosotros sus inquilinos.

Esto sentado; dirémos que todo nuevo papel, así como toda nacion nueva, necesitan si han de vivir y medrar el colocarse bajo la tutela de un auxiliar poderoso; y mirada así la cosa, claro es que *La Moda* es la Bélgica de los periódicos, salvo el que yo por mí no quiera ser su Amberes, sin mas que por lo del bombardeo. Este auxiliar pues que buscamos, de derecho le corresponde el serlo al bello sexo; nuestras garantías seran los artículos de modas, y el protocolo de esta alianza será la indispensable ración de novela de cada número; protocolo no ciertamente redactado bajo la diplomática férula de Talleyrand ó de Metternich, sino bajo las inspiraciones de Sue, de Balzac ó de Soulié, á vueltas de las cuales nuestras amables lectoras llevarán en paciencia uno que otro articulejo de costumbres y alguna revista teatral de propia cosecha; pues al cabo no usurpamos para ello el sagrado asilo de la

última hoja, irrevocablemente consagrada á su solaz y recreo.

En el órden comun de las cosas acontece que el bautismo haya de venir despues del parto, salvo alguna rara escepcion que aquí no viene á cuento; pero en los periódicos sucede al reves; antes del parto se ha de hacer el bautismo; y cuenta que este es negocio mas peliagudo de lo que á primera vista parece. Nace un niño en casa, y á toque cencerro se ha de reunir la familia en pleno consejo bajo la indispensable presidencia de la señora mamá. La abuela quiere que se llame Blas, nombre fecundo en su genealogía; pero las primas y sobrinas lo rechazan con indignacion por clásico, ramplon y monosílabo. El abuelo presenta su enmienda y propone el de Toribio de Mogrobojo, que es todo un nombre en una pieza, á mas de los respetos del padrino que se llama así de segundo nombre. Nueva algarazara y nueva horripilacion de la mayoría femenina. Una tia beata sostiene deben ponerle en masculino el de Santa Lugarda, abogada especial de los partos, no obstante que fué monja. Tampoco se admite á discusion. El padre como que quiere romper á dar su voto; mas tápanle la boca haciéndole observar que no es justo que en este negocio quiera él hacerlo todo. En suma, al cabo de dos horas de sesion queda reducida la dificultad á elegir entre Arturo, Vilfredo y Aureliano, creyendo leer en su horóscopo que el destino guarda al recién nacido para héroe de alguna novela de Arincourt, en tanto que el protagonista de este drama pone el berrido en las nubes so el poder de la faja y del capillo, sumamente ageno de su romántico porvenir.

Y si todo esto acontece para poner nombre á un niño, tras del cual quizá vengan otros diez, ¿cuales serán las dudas y las incertidumbres que habrán de presidir al bautismo de un periódico? De ellas espondré algunas, sin que se entienda el afirmar por esto el que hayan existido en el caso presente, porque eso no lo sé yo, ni me atañe el hablar sino en eabeza propia.

Periódicos pues de la tendencia y del calibre del presente por lo comun ó toman título geográfico, ó mitológico, ó alusivo á la clase de personas á quienes se dedican, ó referente en fin á los objetos de que se propone tratar: casi todo ello tiene sus dificultades. En efecto, hay algunos de estos, como la *Alhambra*, cuyo nombre es poético de suyo y fecundo en amenos y brillantes recuerdos; pero una Alhambra no es cosa que la hay en todas partes, y yo por mí desde el farol de San Sebastian hasta las Puercas, ambos inclusive, maldito si encuentro un nombre para el ejendro. El *Guadaletpudiera* servir á todo turbio correr; mas no es cosa de poner entre un periódico y su nombre no menos que la bahia entera. *Psiquis* se titula un diario de modas de Paris: título un si es no es pedante, altamente mitológico é inoportunistísimo ademas, segun entiendo. *Psiquis* se perdió por curiosa, y semejante nombre puesto al frente de unas columnas dedicadas al bello sexo fuera la cosa mas descortés y mas antiparlamentaria del mundo: á lo menos siempre se ha tenido por prudente el no nombrar la sogá en casa del ahorcado. *Correo de las damas*, *Recreo del bello sexo*, y otros por el estilo son títulos frecuentes en esta clase de periódicos; pero es el caso que nosotros los hombres acostumbamos á ser gente grave y sesuda como ella sola, y correríase el riesgo de que no nos dignásemos descen-

der á cosas tan fútiles como las que se dedican esclusivamente á damas. Esto fuera un grave mal, porque no es probable anden tan de sobra las suscripciones y los lectores que hayamos de eliminar por nuestro gusto no menos que á todo el sexo barbudo y pensador.

Hase escogido pues entre todos *La Moda*, y parece que se ha dado en el clavo. Ella es la reina del mundo, ella no envejece jamas, porque cual Proteo toma sucesivamente todas las formas y marcha con todos los siglos. Moda fué la *caramba* como hoy la *capota*; moda fué la coleta hace medio siglo, ni mas ni menos que las greñas románticas de nuestros dias. La moda es por lo mismo siempre jóven y siempre bella. ¿Qué título mejor para un periódico consagrado á nuestras lindas gaditanas que aquel que es emblema de juventud y de hermosura?

Resta finalmente decir algo de mi persona, pues aunque ella importe poco á los demas, lo que es para mí suelo ser yo cosa del mayor interés. Sepan pues mis benignos lectores de ambos sexos que he sido parte del trasbordo al nuevo periódico, adonde llegué empaquetado en el primer fardo de literatura y de costumbres. Tomo pues carta de vecindad en esta colonia periodística, reservandomé no obstante un apedero en la metrópoli por lo que pueda tronar. Aquí pienso ser el mismo que siempre; lo que noticia al respetable público, así como tengo el honor de ofrecerle mi nueva habitacion, menos húmeda y mas alta de techos que la que he ocupado hasta hora.

F. F. A.

VARIEDADES.

OPERA, TEATROS, MODAS. (1)

PARIS.—LONDRES.—MADRID.

En este siglo de postas, de correos, de diligencias, de vapores, de caminos de hierro, y de filantropía, no hay distancias, no hay fronteras, no hay extranjeros, así como no hay vestidos, no hay literatura, ni hay costumbres nacionales. Desde millares de leguas compadece y lamenta y llora cualquier ingles negrophilo las desdichas de los esclavos africanos de las Antillas, que no son inglesas. Con mayor sinceridad y desde menor distancia podemos nosotros envidiar desde Cádiz, los grandes goces de aquellas opulentas capitales.

Otro de los caracteres de nuestro siglo es la sensualidad. Por eso la primera, la mas preferida de nuestras diversiones es la música, y como la música ademas de dirigirse á los sentidos es elástica, se acomoda á todos los sentimientos, á todas las épocas, á todas las circunstancias. ¿Desea el público espectáculos, dramas? bien; la sombra de Niño cantará un recitado: Moises arengará en tono de fá al pueblo de Israel. ¿Se lanza despues en las bulliciosas orgías del Carnaval, y desea bailes? *Strauss* le compondrá valeses y *cuadriles*.

Pero llega la Semana Santa, la época de las grandes solemnidades del cristianismo. Los bailes cesan, los teatros están cerrados. ¡No importa! ¡Aca-

(1) Esperamos que el público no tendrá que hacer uso de su galanteria para encontrar agradables los artículos que nuestra ilustrada colaboradora nos ha prometido remitirnos sobre asuntos que llaman la atencion en soci edad.

so las armonías graves de Mozart, ó de Beethoven, no hieren en el alma la cuerda del sentimiento religioso? Manos á la obra: Un *agnus* en crescendo, una *lacrimosa* en *ré mayor*.

Rossini ha escrito un *Stabat mater* muy ponderado por los *virtuosi*, esto es, por los inteligentes en música. La iglesia le encuentra demasiado profano. Es natural: le cantaban la Grissi, Tamburini, Lablache, en cuya boca el mismo *Sanctus* hubiese parecido una *cabatina*.

No es solo Rossini, también el autor de la *Hipermestra*, Saldoni ha escrito un *Stabat*. El público de amigos que le ha oído en Madrid, le encuentra incomparable.

A propósito de música religiosa, es preciso decir que ha muerto hace pocas semanas el célebre Cherubini, autor de *Medea* y *Ali Baba*, de otras varias óperas y de un cierto número de *requiems*, entre ellos el que se ha entonado en sus funerales por órden suya.

Este compositor fué el que le dijo á Bonaparte, cuyo tono decisivo en materias de música le incomodaba: "Ciudadano cónsul, cuídese de ganar batallas y déjese de hablar de lo que no entiende." En otra ocasión Bonaparte, que tenía declarada la guerra no solo á los soberanos de toda Europa sino también á los *tutti* y los *forte* de la orquesta, elogiaba la música *monotona* y *pianísima*. "Ya comprendo," le dijo Cherubini, *le agrada una música que no distraiga su atención de los asuntos del estado.*"

Victor Hugo acaba de publicar un libro con este título: *El Rhin: Cartas á un amigo*. Dentro de poco veremos su traducción con grandes carteles por las esquinas y con repetidos elogios en los periódicos. Desde ahora y para cuando aquel día llegue, tengán mis lectores entendido que en la nueva obra, como en todas, se nota la acostumbrada escentricidad del autor, cuyo talento por otra parte no está sujeto á disputa.

Lo más curioso de ella parece ser la conclusión política. Victor Hugo materializa el estilo: todas las ideas las convierte en imágenes: cada pensamiento en un símbolo. Según esta costumbre, las naciones son para él hombres, con cabeza, pies, brazos, boca, pecho &c. &c. En la Europa no encuentran sitio más que para dos: la Francia y la Alemania. Y como están de sobra la Rusia y la Inglaterra, á la primera la empuja hacia el Asia, á la segunda la sumerge en el Océano.

Hace poco que se representó en el teatro francés un drama de Alejandro Dumas: *Lorenzino*. No me fio del juicio de Julio Janin, folletista muy acreditado de París y enemigo decidido del autor de *Gabriela de Belle-Isle*. Sin embargo si es cierto como parece que es un héroe de presidio, un protagonista de grillete, una notabilidad de calabozo su principal personaje, no tardaremos en ver traducido y aplaudido este drama.

El escritor de tantas novelas ingeniosas Balzac, acaba de dar una prueba nueva con su drama flamante, *las aventuras de Quinola*, del conocimiento que los escritores franceses tienen de nuestra historia y costumbres. Este drama, entre cuyos personajes españoles figura un Fontaneres que inventó las máquinas de vapor en tiempo de Carlos V, ha tenido tan buena acogida como *Vautrin*. Es decir que ha sido silvado.

He leído en algún periódico que la célebre Madame Laffarge ha perdido el juicio. Después no he visto confirmado este suceso, ya porque fuese falso, ya porque el público francés se ha olvidado de su heroína favorita, de la heroína de aquella novela comenzada en los salones de París y terminada en los tribunales de justicia.

La literatura y la lengua inglesa se lamentan de las grandes e irreparables pérdidas que han tenido en estos últimos años, y se consuelan principalmente con los escritos del americano F. Cooper, y del europeo Bulwer. Ambos acaban de interrumpir el silencio que guardaban con la publicación de dos novelas. La de Cooper, titulada los dos *Almirantes*, pertenece al género del *Piloto*, y del *Corsario rojo* (red robber). La de Bulwer, *Zanoni*, no es menos elogiada.

Vive el teatro inglés de traducciones francesas y de dramas de Shakespeare: allí no se hace del *Mercader de Venecia*, de *Hamlet*, y del *Rey Lear*, el desprecio que hacemos nosotros de las grandes obras de Lope y de Calderón.

Por lo menos en materia de teatro nada tenemos que envidiar hoy en día á nuestros contemporáneos de París y de Londres. ¿Donde hay un escritor tan popular, tan fecundo como Breton? ¿donde un poeta

de tanta alma y tanto sentimiento como Zárate? Al ingenio prodigo de Zorrilla, al talento más austero y contenido de Harzembusch, les debemos la segunda parte del *Zapatero y el Rey*, y los *Amantes de Teruel*.

He leído el nuevo drama del señor Gil y Zárate, *Guzman*; no es una evocación de sombras sepulcrales, no es una orgía de presidiarios, es el drama verdadero del *Honor castellano*. Victor Hugo, gran poeta como es, no pudo comprenderlo, había nacido del lado allá de los Pirineos.—SOFIA DE S...

Dos palabras de moda á mis lectoras. Apreséntense á rendir homenaje al cachemir de la India que vuelve triunfante de su inmerecida proscripción. Los grandes pañolones hacen furor. Pero en la primavera son más oportunas unas toquillas pequeñísimas (pointes) que se anudan en la misma garganta.

Voy á describirles el traje más nuevo, y más fantásticamente elegante que he encontrado en los periódicos y los figurines de París. Un vestido de tafetán de Italia, con dobles enaguas, una rosa y otra verde. Esta que es la de encima levantada y prendida por la parte inferior con dos flores, deja ver la de debajo que está adornada con un faralá de blonda. Pero esta toilette es de un atrevimiento tal, que solo se la aconsejaría yo á jóvenes de una hermosura perfecta y de una esquisita elegancia.

Los schales ó pañolones deben ser azules *zafir* ó encarnados. El código de la moda de este mes exige que el dibujo forme palmas, y flores que concluyan como una lluvia de fuego, como las chispas de los cohetes (les gerbes d'un fússée).—S. de S.

Teatro Principal.

LA VESTAL, ópera en tres actos, música del maestro Mercadante.

Deseábamos con impaciencia oír la nueva *partitura* del maestro Mercadante. Escitaban nuestra curiosidad el entusiasmo con que ha sido oída en los teatros de Italia, y los aplausos que los *dilettanti* de Ventadour le han prodigado en el teatro de la Ópera italiana de París.

La música de Mercadante no siempre nos satisface: la oímos, y queda en nosotros un vacío, que no acertamos á explicar.

Conocemos toda la maestría y todo el arte que con prodigalidad despliega el profundo maestro, el gran músico, el célebre artista; pero echamos de menos la inspiración, ese don divino de los poetas, de los pintores y de los músicos; ese don que embellece las producciones del arte, que las rodea de una frescura encantadora, de una atmósfera que deleita y embriaga. Bellini arrebatada, Donizetti encantada; pero Mercadante no consigue más que hacer que admiren sus conocimientos músicos hasta los no conocedores y no inteligentes.

Lejos de nosotros la idea de rebajar un punto su bien conocido mérito. De algún tiempo á esta parte ha hecho progresos sensibles, de que son buenos testigos *Normundi in Parilli*, *el Juramento*, y últimamente *La Vestal*. Ninguno de estos *spartittos* tienen el carácter de la música italiana: la revolución que dejaron vislumbrar los *Normandos*, y que comenzó el *Juramento* ha sido consumada por *La Vestal*. No se ven en estas óperas ni los más pequeños vestigios de esa ligereza é incorrección que eran el mayor defecto de la escuela: no se ve ya esa tiranía despótica é inflexible del oído sobre la razón; ese sacrificio continuado y perpetuo de las palabras, de la gravedad, de la verdad dramática y filosófica al prurito de *cabatinas*, duos y arias que alaguen el oído, y hagan resaltar el mérito de los *virtuosi*. Aquí el fondo no se sacrifica á la forma, lejos de eso Mercadante con una osadía que le honra y lo engrandece, ha sacudido las cadenas y ha salido del círculo de hierro en que las formas regulares é invariablemente simétricas de duos y de *finali* habían aprisionado la acción y la verdad de las palabras.

La música de *La Vestal* es una música grave y profunda, es dramática, y no pocas veces magistosa y sublime: una música que se acomoda á lo trágico del libreto, á la gravedad del pueblo romano, y á las tristes y terribles situaciones en que se encuentran los personajes. El argumento es muy conocido: una Vestal enamorada que falta á sus votos. Mercadante al elegirlo tenía que lidiar con un competidor temible no tanto en Italia como en París, donde las grandes óperas reciben el bautismo de aplausos que le dan el *exequatur* para toda la Eu-

ropa, y donde una derrota es el sepulcro de la reputación de un artista. Mr. Spontini había escrito un *spartito* con este mismo título, y con el mismo argumento menos el desenlace; y ese *spartito* había sido muy aplaudido y celebrado. Sin embargo Mercadante ha lidiado con su célebre competidor, y á pesar de los absurdos del libreto, y de lo tremendo y desagradable de la última escena ha conseguido ver muy aplaudida su obra.

Todo el argumento descansa en un imposible. Emilia creyendo muerto á su amado entra de Vestal, y cuando Decio vuelve triunfante, encuentra entre su amor y su amante un abismo sin fondo, y al saltarlo se hunde con ella en el sepulcro. Algo difícil nos parece que Emilia hubiera entrado de Vestal á la edad en que una bella ha podido tener años, porque no se admitían en el templo sino niñas hasta la edad de diez años. Era ese un *feudo de doncellas* que exigía Vesta de las familias romanas de alto linaje. Entre estas se sorteaba todos los años el número correspondiente de niñas que debían consagrarse *velis nolis* al altar, y ninguna podía ser admitida como tuviese más de diez años. Una vez consagradas debían permanecer en él treinta años, y al cabo de ellos volvían á pertenecer al mundo, y podían casarse.

Empieza la ópera por una oración de las Vestales: este primer coro está lleno de magestad y de ternura. La introducción, que es un dúo de Emilia y Julia (señoras Barilli y Carrafo) se separa del carácter general de la ópera, es gracioso y bello, y en él hemos advertido algunos trozos llenos de pasión y de melodía. La gran pieza del acto es la escena del triunfo: el coro con que empieza no nos parece gran cosa; pero el octavino que cantan todos los personajes después de haber Emilia coronado al vencedor es admirable. Hay en él una riqueza de armonía que nos recuerda en esta parte solamente el hermoso trozo del acto tercero del *Nuovo Mosè*: creemos que es el mejor trozo de la ópera. El dúo con que concluye el acto, dúo que cantan Decio y Publio (señores Balestracci y Spech) no nos parece de gran mérito, á pesar de que ha sido muy aplaudido en París. No sabemos hasta que punto Mario y Tamburini habrán contribuido á este resultado: lo que podemos asegurar es que en Cádiz se ha oído con frialdad.

El acto segundo pasa en lo interior del Templo de Vesta: en medio de la escena está la estatua de la Diosa, y á su pie arde el fuego sagrado: una Vestal hincada la rodillas y con las tenazas de oro en la mano cuida de alimentarlo. La decoración nueva pintada por el señor Valle es lindísima; pero le falta propiedad, porque los templos de Vesta eran redondos y el señor Valle lo ha pintado elíptico.

Al principio de este acto canta Julia una lindísima romanza, á la cual sigue el dúo de Decio y Emilia: este dúo nos parece trivial y muy inferior á la situación: ha sido oído en Cádiz con gusto, gracias á la señora Barilli y al señor Balestracci cuya voz no deja de acomodarse á la música declamatoria y sin fuego á que pertenece este trozo. El andante coreado que canta en seguida el archi-flamino Metello es magnífico. El trozo

Versate amare lacrimæ

Pel Tebro en non per essa

está escrito con una sencillez tan sublime como encantadora. El final del acto segundo, que es el juicio de la Vestal, no nos ha parecido tan bueno como la escena del triunfo.

El aria de Publio con que empieza el último acto tiene un buen andante; pero la cabeleta es algo vulgar. El señor Spech ha dicho muy bien el cantabile, quisieramos decir otro tanto del *presto* con que concluye. El final es bueno; pero en Cádiz y en París y en Italia y en todas partes ha de producir mal efecto, porque hay algo de atroz en el espectáculo de una mujer á quien entierran viva, y de un hombre que viene á atravesarse el pecho con su espada sobre la losa que cubre las agonías desesperadas de la desdichada Vestal. Deseáramos que el telón cayera cuando Emilia pone el pie en la escalera de su tumba.

No nos queda espacio para hablar de la ejecución: en general ha sido buena. La señora Barilli ha estado admirable; los demás nos han agradado mucho. La escena ha estado bien servida; confesamos sin embargo que nos hacen daño aquellas bambalinas viejas de pavellones de sala en una decoración nueva de lo interior del templo de Vesta. Los cónsules de Roma suprimieron la segunda noche la diadema griega, y por cierto que no dejaron de tener razón.